

Comunidad de la Casa de la Trinidad

Celebración de una Pequeña Muestra del Cielo, 2022

La Eucaristía y el futuro de la familia

Estoy sumamente agradecido con esta Comunidad de la Casa de la Trinidad por su magnífico trabajo y esfuerzo por fortalecer a nuestras familias para que la “Iglesia doméstica” sea fructífera en nuestros hogares y comunidades. Esta noche, reflexionamos sobre la importancia de la Eucaristía para el futuro de la familia. Es un tema apropiado puesto que la Diócesis de Arlington se prepara para el Jubileo de Oro en 2024 con un año enfocado en la Eucaristía y en el mandamiento de Cristo: “*Hagan esto en conmemoración mía*”. También es apropiado puesto que la Iglesia en los Estados Unidos comienza un resurgimiento eucarístico y nos invita a todos a llevar nuestra división como sociedad y como personas a la propia fuente de nuestra vida, sanación y fortaleza: a Jesucristo. Como leemos en la segunda carta de San Pedro, Nuestro Señor está presente y activo en la celebración de la Eucaristía, por el poder del Espíritu Santo, con el fin de que nos unamos a Él para glorificar a Dios Padre y hacer que lleguemos “a participar de la naturaleza divina” más plenamente (2 Pedro 1:4). Como bien lo sabe la Comunidad de la Casa de la Trinidad, el corazón de la familia consiste en compartir la vida del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Ever y Soren han basado el enfoque de la Casa de la Trinidad de encontrar “el Cielo en su hogar” en dos profundas verdades. Estas se explican de manera extraordinaria en el primer video titulado *Taller sobre el Cielo en su hogar* y si todavía no han visto los cuatro videos gratuitos, sinceramente se los recomiendo. La primera verdad es que “Dios, la Santísima Trinidad, es una comunión de personas”. Dios es uno en tres personas, una comunión porque cada persona se ha dado totalmente a la otra. Dios Padre le derrama eternamente su vida sobre el Hijo y, en el don mutuo de su ser, la misma vida divina se derrama eternamente sobre el Espíritu.

La segunda verdad es que la familia también es una comunión de personas. Entonces, como sugieren Ever y Soren, “tal vez si observamos la forma de vida de Dios, veremos cómo debe vivir una familia”. ¡Cuán cierto es eso! Una vez más, ellos han hecho un extraordinario trabajo al describir la vida del Dios Trino y Uno. Por medio de una hermosa reflexión sobre el ícono de la Santísima Trinidad, explican cómo la vida de Dios es una vida que **acoge, escucha y sirve**. Podemos ver estas tres características de la vida de Dios al reflexionar sobre quién es Dios y las tres se convierten en algo parecido a los puntos de referencia de un “mapa” para “encontrar el Cielo en nuestros hogares”.

Es más, en realidad podemos encontrar al Dios Trino y Uno y vivir en Él. Por medio del Bautismo, de verdad y en realidad “participamos de la naturaleza divina”. En la fuente bautismal, lo eterno proveniente del torrente del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo inunda la parte más íntima de nuestro ser. Personalmente encontramos al Dios Uno y Trino y vivimos en el Dios que **acoge, escucha y sirve**. De ahí en adelante, verdaderamente comenzamos a *participar* en el propio acto de **acoger, escuchar y servir** de Dios para que las Tres Personas vivan en nosotros.

Podemos ver, encontrar y vivir en la forma de vida de Dios por medio de cada expresión auténtica de discipulado cristiano: vida familiar, oración personal, obras de misericordia y más. Al mismo tiempo, Dios nos invita a escalar regularmente una montaña santa. Muy por encima de la niebla y de los árboles de nuestra ocupada vida, Él nos invita a un punto de mira privilegiado situado en un lugar alto. Desde ese punto de mira, podemos ver con singular claridad y enfocar los tres puntos de referencia de nuestro mapa hacia el Cielo en nuestro hogar: **acoger, escuchar y servir**. Sin embargo, no solamente vemos a Dios, sino que también lo encontramos y vivimos en Él de una forma singular en esa cumbre de la montaña. Allá descubrimos que la Trinidad derrama partes de sí misma de

nuevo para nosotros, aquí, ahora y hoy. Como sucede con un manantial de la montaña, nos sentimos refrescados y fortalecidos antes de bajar de la montaña a proclamar lo que hemos visto y a vivir lo que hemos encontrado.

Es posible que hayan adivinado de qué se tratan estas imágenes de la “cumbre” de una montaña y de la “fuente” de un manantial. Los padres del Concilio Vaticano Segundo nos enseñaron que “*participar* en el sacrificio eucarístico” es la fuente y la cumbre del verdadero espíritu cristiano y de las actividades de la Iglesia (Constitución sobre la Iglesia *Lumen gentium* 11, ref. Constitución sobre la Sagrada Liturgia *Sacrosanctum concilium* 10, etc.). Entonces, “*participar* en el sacrificio eucarístico” es la cumbre de las familias cristianas fuertes y fructíferas. Por lo tanto, el futuro de la familia está íntimamente vinculado a la forma en que *participamos* en la Eucaristía.

Entonces, esta noche, quisiera que reflexionáramos sobre ese punto. Podemos reflexionar sobre la manera en que la participación eucarística nos muestra con claridad que la vida de Dios **acoge, escucha y sirve**. También reflexionamos sobre la forma en que la participación eucarística nos sumerge en esa vida divina para poder manifestarla y vivirla mejor en nuestros hogares. Sin embargo, para comenzar estas reflexiones, primero debemos considerar cómo la participación eucarística supera las fuerzas que nos impiden fomentar los verdaderos vínculos de comunión dentro de nuestras familias.

Para comenzar, la *participación eucarística* rompe las cadenas que nos limitan en nuestros esfuerzos por vivir en comunión como familias—por tener, como la Trinidad, vidas interpersonales y centradas en otras personas. Ever y Soren señalan muchas de estas cadenas en sus videos y boletines informativos: por ejemplo, la omnipresencia de las “cosas” de este mundo que nos distraen de nuestras relaciones.

Por su propia naturaleza, la Eucaristía es interpersonal y está centrada en otras personas. *La participación* en la Eucaristía nos libera de nuestras formas impersonales y egocéntricas y nos trae verdaderos vínculos de comunión. Cuando cantamos como asamblea, nos entregamos a algo fuera de nosotros: a Dios, a quienes se han reunido con nosotros y al propio cántico de alabanza. Cuando le decimos al sacerdote “y con tu Espíritu”, expresamos una relación de confianza y de pertenencia a la Iglesia y a sus ministros.

Cuando escuchamos la Palabra de Dios, reconocemos que “yo” no tengo todas las respuestas, sino que aprendemos de otros y somos transformados por ellos. Cuando nos unimos en la Oración de los Fieles, tomamos las alegrías y las esperanzas, los pesares y las ansiedades de nuestros hermanos y hermanas. Cuando nos unimos espiritualmente a la plegaria eucarística y recibimos el pan y el vino transubstanciados—que son real y verdaderamente el Cuerpo y la Sangre de Cristo—vivimos nuestra convicción de que nuestra fuente de vida, sanación y fortaleza no es otro que Dios mismo y expresamos nuestro deseo de ser “un solo cuerpo y un solo espíritu” con nuestros hermanos y hermanas en Cristo y con nuestros cónyuges, hijos y padres.

Aunque la Eucaristía nos nutre como individuos, nos recuerda constantemente que somos siempre personas en comunión por ser miembros del Cuerpo de Cristo. Cuando la liturgia nos transforma, nos transforma como personas en comunión, de modo que también transforma a nuestra Iglesia como Iglesia y las relaciones que nos unen. **Por eso es tan importante participar en la Misa como familia.** La Eucaristía nos transforma como personas en comunión, transforma la propia Iglesia doméstica y transforma nuestras relaciones familiares. Cuando *participamos* en la Misa como familia, no volvemos a casa como individuos que tratamos de llevar nuestras transformaciones individuales a un cónyuge o a un hijo. Más bien, nuestra propia familia se transforma. Entonces,

nuestra familia como una comunión de personas se esfuerza por continuar una vida en la vida de Dios.

Ahora podemos pasar al Dios que **acoge** y considerar como se ve, se encuentra y se vive en la Eucaristía. Aun antes de llegar al recinto de la Iglesia para asistir a la Misa, Dios está trabajando en nuestra vida y nos invita a ascender a la montaña a medida que nos guía por el camino. Sin embargo, ¿con qué frecuencia en nuestra vida nos impiden los árboles ver la montaña? (Esta es una adaptación de un proverbio bien conocido.) Durante la semana, nuestra atención a los “árboles” del congestionado programa de trabajo, como llevar a los chicos a la escuela, realizar las actividades extracurriculares y cumplir con tantos otros compromisos—todo ello en medio del tráfico del Norte de Virginia—puede llevarnos a pasar por alto que, todo el tiempo, Dios nos invita amablemente y nos guía hacia la celebración eucarística. Nuestro primer encuentro con la acogida de Dios ocurre mucho antes de la procesión de entrada a la Misa; está en el momento en que nos abre su vida para invitarnos a vivir en Él. Luego, esto continúa en la propia reunión eucarística, por medio de actos litúrgicos, como el saludo del sacerdote: “Que el Señor esté con ustedes”.

La participación en la Eucaristía exige prestar atención a este acto de Dios en nuestra vida. También exige una respuesta: nuestro propio acto de apertura al acoger a Dios y a su pueblo en nuestra vida. De hecho, la Misa presupone que respondemos a la apertura de Dios al permitirle abrir nuestro corazón. Al entrar a la Iglesia y ocupar nuestro lugar antes de la Misa, hacemos bien en ofrecer unos momentos en silencio como acción de gracias a Dios por habernos invitado a entrar en su vida y pedir humildemente que se nos conceda la gracia de abrir nuestra vida más plenamente a Él y a otras personas, sobre todo a nuestros cónyuges, hijos y padres. Al comenzar la liturgia, entonamos un cántico de alabanza como asamblea, presenciamos la procesión de los ministros y respondemos “y con tu espíritu” al saludo del sacerdote. Estos actos exigen que ya le hayamos permitido a Dios abrir nuestro corazón a Él y a nuestros hermanos y hermanas en Cristo. En otras palabras, al *participar* en la celebración eucarística vemos y encontramos la acogida de Dios, pero también ya comenzamos a acoger a Dios como parte de nuestra vida. Es decir, comenzamos a vivir la **acogida** de Dios en nuestro corazón, nuestra mente y nuestro cuerpo como personas en comunión. En otras palabras, **ya vivimos en la acogida de Dios como Iglesia doméstica**.

Enseguida, pasamos a la parte en que Dios **escucha**; pero lo importante es que nosotros escuchamos primero. En la Eucaristía, Dios nos habla por medio de las palabras proclamadas y de los ministros que las proclaman. El Concilio Vaticano Segundo nos enseña que cuando se proclaman las Escrituras en la Iglesia, es Cristo mismo que habla (ref. Constitución sobre la Sagrada Liturgia *Sacrosanctum concilium*, SC 7). Y cuando Cristo habla—cuando Dios habla—algo sucede. Las palabras proclamadas en la Eucaristía no son apenas palabras de instrucción, aunque tienen un valor educativo. En sentido más profundo, son palabras de transformación; en ellas está presente la Palabra de Dios, Él que nos sana en nuestra aflicción, nos fortalece en nuestra debilidad y nos ilumina en nuestras tinieblas. Como dice el proverbio, cuanto más aprendamos a oír la Palabra de Dios, mejor podremos hablar. En la Eucaristía, nosotros también hablamos y Dios nos escucha. Hablamos de los deseos de nuestro corazón y de los deseos de la Iglesia. Unas veces, hablamos con nuestra propia voz y otras veces le hablamos a Dios al unirnos espiritualmente a una oración recitada por un ministro. Al *participar* en la Eucaristía, vemos que Dios habla y escucha y también encontramos y entramos en la dinámica de escuchar mutuamente.

Luego, pasamos a la forma de **servir** de Dios. En este caso, Ever y Soren ya han establecido la hermosa y profunda conexión entre la forma de servir de Dios y nuestra celebración eucarística. En la Eucaristía, Dios nos sirve al darnos—aquí, ahora y hoy—el propio Cuerpo, la Sangre, el Alma y la Divinidad de Jesucristo, su único Hijo y Nuestro Señor. La asamblea reunida es dirigida por el sacerdote, cuyas manos han tomado, bendecido, partido y dado el pan que se convierte en el

Cuerpo de Cristo y el vino que se convierte en la Sangre de Cristo. La plegaria eucarística es la “cumbre” de la celebración eucarística porque Cristo, que ha estado presente en diferentes maneras en la asamblea, como ministro y de palabra hasta ahora, en este momento está sustancial y personalmente presente en el pan y el vino consagrados (ref. Instrucción general del Misal Romano 30, etc.; Constitución sobre la Sagrada Liturgia *Sacrosanctum concilium*, SC 7). Lo que parecen ser pan y vino son real y verdaderamente el Cuerpo, la Sangre, el Alma y la Divinidad de Cristo.

Si bien la plegaria eucarística es la “cumbre”, los Obispos de los Estados Unidos nos recuerdan que la Comunión es la “consumación” de la celebración (ref. Normas para la Distribución en los Estados Unidos, 5). En la Comunión, encontramos ese servicio supremo mediante el cual el Cuerpo de Cristo se parte y se nos da y su Sangre es derramada por nosotros. Por eso, *la participación* en el sacrificio eucarístico significa, sobre todo, que *compartimos* su Cuerpo y su Sangre en la Sagrada Comunión. En este momento de consumación, nuestra alma se transforma, sana, se refresca y se fortalece para vivir el **servicio** de Dios en nuestro corazón, nuestra mente y nuestro cuerpo.

Esta conexión entre ver y encontrar el **servicio** de Dios en la Comunión y el servicio de nuestro Dios vivo en nuestra vida suele mostrarse en las oraciones después de la Comunión. No todas estas oraciones son tan directas para conectar nuestro acto de recibir la Comunión con nuestra vida en este mundo; particularmente al acercarnos al final del año litúrgico, oiremos hablar mucho sobre nuestra vida en el Cielo. En todo caso, invito a las familias a prestar cuidadosa atención a las oraciones después de la Comunión y a reflexionar sobre lo que significan para sus vínculos y relaciones familiares. La siguiente es la oración para el domingo próximo:

¡Oh, Señor! Te rogamos
que aumente en nosotros
el efecto de tu poder para que,
renovados por estos Sacramentos celestiales,
tu don nos permita prepararnos
para recibir lo que prometen.

El efecto del poder del Señor en nosotros se muestra cuando **nos acoge, nos escucha** y, especialmente, **nos sirve**. Según las plegarias eucarísticas, los Sacramentos celestiales prometen que nos convertiremos en “un cuerpo y un espíritu en Cristo”. Esto representa a toda la Iglesia y a nuestras “Iglesias domésticas”. En conjunto, al *participar* en el sacrificio eucarístico, rezamos para que el Dios que **nos acoge, nos escucha** y, especialmente **nos sirve** viva en nosotros y fortalezca los vínculos de nuestra Iglesia en todas sus formas, incluso en la Iglesia doméstica de la familia. Ver y encontrar al Dios que **nos acoge, escucha y sirve** en la Eucaristía nos muestra cómo viven nuestras familias como una comunión de personas.

Al terminar nuestras reflexiones, recordamos el fundamento de esta Comunidad de la Casa de la Trinidad, sobre todo, que el futuro de nuestras familias depende de **acoger, escuchar y servir** de la misma manera en que Dios Trino y Uno **acoge, escucha y sirve**. En esta reflexión, he tratado de destacar una verdad sencilla pero difícil de poner en práctica, que es la siguiente: que *la participación* en la Eucaristía es la forma central e indispensable para vivir como el Dios Uno y Trino—en realidad, de vivir en el Dios Uno y Trino. Por lo tanto, la Eucaristía es central e indispensable para el futuro de las familias. Por medio de la participación eucarística, vemos y encontramos la vida de Dios que **acoge, escucha y sirve** y—como familias—nosotros ya comenzamos a vivir en esa vida divina. En la Eucaristía, somos librados de las cadenas que nos impiden ser verdaderamente interpersonales y centrarnos en otras personas para poder vivir como una fructífera comunión de personas en nuestros hogares. Esta verdad es sencilla, pero difícil de poner en práctica por dos razones, con las cuales concluyo.

Primero, si nuestras futuras familias son fuertes y fructíferas, tenemos el desafío de buscar y fomentar una participación más auténtica en la Eucaristía. En junio de 2022, el Papa Francisco escribió una carta apostólica “sobre la formación litúrgica del Pueblo de Dios” en la cual señaló este mismo desafío y presentó varios “elementos” de reflexión. El Papa sugiere que el camino hacia adelante está en la colaboración de todos los cristianos para reflexionar sobre cómo podemos ser “formados para la liturgia” y “formados por la liturgia” con el fin de poder entrar mejor a sus misterios y vivirlos. Gran parte de esta tarea es un trabajo todavía en curso, pero en nuestro contexto de esta noche, yo sugeriría que las familias reflexionen juntas sobre la carta apostólica del Papa. Aunque vale la pena leerla en su totalidad, las familias se beneficiarán al máximo de las secciones 1-26, 43-47 y 51-53.

Segundo, se nos reta a explorar las formas de vincular nuestras celebraciones litúrgicas con la vida familiar. Para esto, ya tenemos una gran ventaja inicial porque esto es exactamente lo que proporciona la Comunidad de la Casa de la Trinidad. Incluye todas esas sugerencias prácticas, pero siempre necesarias sobre la forma de mantener santo el Día del Señor, establecer lugares tranquilos en el hogar para las comidas en familia y las horas de oración y vivir según el calendario litúrgico. Abrigo la esperanza de que la reflexión de esta noche le permita a la Casa de la Trinidad conectarse más directamente con nuestra *participación* en el sacrificio eucarístico. Entonces, lo mejor será que concluya encomendando el trabajo de la Casa de la Trinidad para promover “el Cielo en nuestros hogares”, al expresar mi profunda gratitud por los sacrificios ya hechos y los frutos ya cosechados y rezando por ustedes y sus familias para que *la bendición de Dios Padre Todopoderoso †, del Hijo † y del Espíritu Santo † descienda sobre ustedes y sus familias y permanezca con ustedes para siempre. Amén.*